

The Mirror Column
1-23
Bishop William Joensen

El Hijo Eucarístico de María: Bálsamo para los Enfermos

La reciente muerte del Papa Emérito Benedicto XVI, la próxima celebración anual del Día Mundial por los Enfermos el 11 de febrero, el Memorial de Nuestra Señora de Lourdes, y el continuo Reavivamiento Nacional Eucarístico son algunos de los eventos en mi mente y en mi corazón en estos días. Primero quisiera ofrecer algunas de mis propias reflexiones tomadas de las Escrituras antes de tornar hacia algunas de las hermosas palabras que nos ofreció el fallecido Santo Padre que unen los tres eventos en armonía espiritual.

El autor de la Carta a los Hebreos nos dice que Jesús comparte nuestra sangre y nuestra carne, y en la muerte misma: “Seguramente él no auxilió a los ángeles sino a los descendientes de Abraham; por lo tanto tuvo que hacerse semejante en todo a sus hermanos, para llegar a ser el sumo sacerdote misericordioso y fiel” (Hebreos 2:14-18 parafraseado). El Dios que ES, se revela en Cristo como el Dios que SE CONVIERTE: se convierte en un ser que sufre y muere con nosotros, por nosotros y por quien queda revelado como el Dios que es misericordioso.

Al Abad Trapista Bernard Bonowitz observa que Dios es poderoso y bueno, y que es capaz de conquistar el pecado y la muerte. Pero esta sola percepción nos puede dejar con el sentido de un Dios que es como un general en una cima observando el valle en donde se está llevando a cabo la batalla, orquestando el resultado hacia cierta victoria, pero lejano y apartado de las tropas/los hombres allá abajo. Solamente cuando vemos un crucifijo – o con los ojos de la fe, la hostia Eucarística – podemos admirar a un Dios que se vuelve uno de nosotros, quien sufre la vulnerabilidad y caprichos de la condición humana.

Dios sabe desde dentro que el temor a la Muerte puede cautivarnos, entonces entra a la muerte por nosotros; él revela en lo que se convierte la misericordia encarnada, quién es la misericordia. Solamente la amorosa bondad de un sumo sacerdote misericordioso y fiel puede convencernos que Dios es más que poderoso y bueno, para nosotros es esa misericordia que es y siempre será. La misericordia de Dios perdura por siempre.

La consumación de la misericordia del sufriente siervo de Dios e Hijo se lleva a cabo en el Calvario. Aún así, el camino completo de Jesús hacia el Calvario está pavimentado con formas más sencillas de sufrimiento que a la vez revelan cómo encarna la misericordia. Al observar la enfermedad de la suegra de Simón (Marcos 1:29-39) establece la presencia y poder de Cristo para sanar.

La presencia de Jesús llama a todos aquellos que sufren en el pueblo a sus puertas. Y la misericordia se pone en movimiento. Pero noten lo que Marcos describe: “Sanó a muchos que estaban enfermos; expulsó a muchos demonios.” Pero no a todos. En su desgaste, ¿sufrió el divino y humano Jesús su necesidad de tomarse un día libre y dejar a algunos como estaban, sin sanar?

Y cuando se levanta al siguiente día, él no coloca el letrero que dice “el doctor está en servicio.” No, después de su oración temprano en la mañana, dice que debe seguir adelante para predicar en otras villas, porque esa es su misión salvadora. Ciertamente que por su poder como Dios, Jesús podía verdaderamente ser todas las cosas para todas las personas, cumpliendo cada necesidad, pero como nosotros, él discierne, toma decisiones y, sí, en veces, no actúa, por la causa de su propósito de salvación que tiene precedente.

¿No es este un tipo de sufrimiento? ¿El tener que tomar tales decisiones nosotros mismos por aquellos a quienes queremos? ¿No es esta parte del proceso de transformación, el

convertirse, incluso en medio de la enfermedad que desafía remedios fáciles? No es este el centro de cómo el misterio de la misericordia de Dios toma forma al enfrentar el sufrimiento humano – un misterio pascual que aun se está desarrollando en nuestras vidas, tanto individualmente como en la Iglesia.

Jesús no nos deja colgados; él sufre con y por aquellos cuya sanación física, mental o espiritual no está próxima a lograrse. El Hijo de María y del Padre celestial se comunica a sí mismo con nosotros en la Eucaristía, revelando que Dios es más que poder y bondad. Dios es vulnerable, fiel y misericordioso, incluso si esto a veces significa que a veces deja las cosas ser.

Con gran afecto y gratitud al difunto Santo padre, por la cercanía especial a María y las intercesiones por todos nuestros hermanos enfermos y con gran devoción a la continua presencia de nuestro Salvador Jesucristo en la Eucaristía, recuerdo una de las muchas gemas que nos ha dejado Benedicto XVI. Recuerdo su homilía en la Pradera en Lourdes, Francia en la ocasión de la Procesión con el Santísimo Sacramento el 14 de septiembre del 2008. En la presencia de Nuestro Señor Eucarístico, nos exhorta aún el día de hoy:

“Ya sea que estemos caminando o clavados a una cama de sufrimiento; ya sea que caminemos con gozo o sufriendo en la oscuridad del alma (cf. Números 21:4): Señor acógenos a todos en tu Amor.”

“La sagrada hostia expuesta ante nuestras vistas habla de su infinito poder de Amor manifestado en la gloriosa Cruz. La sagrada hostia nos habla de la terrible humillación de aquel que se hizo a sí mismo pobre para que pudiéramos hacernos ricos en él, aquel que aceptó la pérdida de todo para que pudiéramos ganarnos al Padre.”

“Aceptemos; que puedan aceptar ofrecerse ustedes mismo a él quien nos ha dado todo, quien vino no a juzgar al mundo, sino a salvarlo (cf. Juan 3:17), acepten el reconocer en sus

propias vidas su presencia misma aquí, expuesta ante nosotros. ¡Acepten ofrecerle sus vidas mismas!”

“María, la santa Virgen, la Inmaculada Concepción, aceptó, hace dos mil años, el darlo todos, el ofrecer su cuerpo para recibir al Cuerpo de Creador. Todo vino de Cristo, incluso María; todo nos viene de María, incluso Cristo... Santa Virgen, ayúdanos a contemplar, ayúdanos a adorar, ayúdanos a amar, a crecer en amor por él quien nos amó tanto, tanto como para vivir eternamente con él.”

“No se enfoquen más en sus propias heridas, pero en las suyas. No vean lo que aún los separa de él y de los demás; miren a la infinita distancia que él ha abolido para tomar nuestra carne, montándose en la Cruz que los hombres habían preparado para él y dejando que lo mataran para poder demostrar su amor. En sus heridas, él los acoge; en sus heridas, él los esconde. ¡No rechacen su amor!

“Cuando, en el día después de su primera comunión, una amiga de Santa Bernardita le preguntó: ‘Qué te ha hecho mas feliz, tu Primera Comunión o las apariciones,’ Bernardita contestó, ‘las dos cosas van juntas, pero no pueden compararse. Estoy contenta con las dos.’”

Como Diócesis de Des Moines, permanecemos profundamente agradecido por el regalo que Dios dio a su Iglesia con el difunto Papa Emérito Benedicto XVI. Permanecemos profundamente agradecidos con todos nuestros capellanes en los hospitales, por los sacerdotes en las parroquias, y por los ministros extraordinarios que traen a nuestro Señor Eucarístico a los enfermos y a aquellos que no pueden salir de casa. Jesús es la medicina de inmortalidad y nos permite observarlo, recibirlo y refugiarnos en su misericordia.

Como propone John Ames, protagonista de Marilynne Robinson en su novela *Gilead*,: “El amor es santo porque es como la gracia – lo valioso de su objetivo no es realmente lo que

importa.” En cada evento en donde el amor de Dios encuentra nuestra búsqueda es un momento de gracia. La Eucaristía es nuestro bálsamo para nuestra enfermedad. ¡Gracias a Dios!